



 Antes de que nos
olviden. **Sergi Doria**

Antes
de que
nos olviden

Sergi
Doria

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1537

© Sergi Doria, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5960-8
Depósito legal: B. 5.137-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La tarde no olía a salitre como tantas otras tardes. Sobre la mesita de mármol, una pareja pelaba la pava ante dos vasitos de leche merengada. Convenía refrescarse contra el calor, aunque las calenturas fueran por dentro. El joven pescador no trabajaba aquella semana, pues la festividad de la Virgen de agosto, que en aquel año de 1875 caía en domingo, le había otorgado un merecido asueto. Ella tampoco dependía de sus señores, que pasaban los rigores agosteños en su torre del vecino pueblo de Sarriá, en las alturas de Barcelona.

—Deja que te acaricie... no seas sonsa —susurraba él mientras abrazaba los hombros de la doncella a la par que dejaba caer una mano por las orillas del escote.

—No, que nos van a ver —objetaba ella mientras le dejaba hacer.

—¿Y si nos escapáramos a casa de tus señores? Dijiste que andan de fiesta y no volverán hasta medianoche.

—¡Dije, dije...! ¿No ves que no *pue* ser? Dios me libre de que alguna chismosa de la vecindad nos vie-

ra y *andara* luego con su chismorreó a los amos. ¡Acabaría con las patas en la calle! Y tú... ¡si te he visto no me acuerdo! ¡Que sois *tos* iguales! A la que vais bien servidos... ¡la dejáis a una *pa* vestir santos!

El pescador seguía de pesca: ahora metía la mano en la faltriquera de su amada en busca de no se sabe qué recóndito rincón de la entrepierna.

—¡Que no *pue* ser! —exclamó ella atajando el avance con un codazo.

La mano traviesa retornó presta al exterior.

—¡Qué arisca, mujer! Ya veo que lo poco dulce que cataré hoy es la leche merengada.

—¡Pues vete apurando, que he de volver a la torre de los amos! Me espera un montón de ropa *pa* coser y planchar...

—¿Ya quieres irte? Mira la hora que es. Ahora dará el primer cuarto de las cinco...

Pero la campanada de la iglesia de la Barceloneta no se llegó a escuchar. La tapó un estruendo que arrasó con los murmullos de gozo estival que se oían en la terraza de la taberna. Al estallido le sucedió una retahíla de explosiones. El pescador esbozó una sonrisa pensando que tal vez fueran fuegos artificiales en honor de la Virgen, pero su fugaz alegría se congeló en una mueca de horror al ver caer una mano ensangrentada sobre la mesa. Aquella mano solitaria, desgajada de algún cuerpo, abatió los dos vasos y desparramó sobre el mármol la pastosa leche merengada, como si un espíritu de ultratumba acabara el encuentro romántico del pescador y la raspa.

Ella no tuvo tiempo de gritar por la mano intrusa, pues las suyas estaban llenas de sangre, y su ros-

tro, taladrado por astillas de vidrio. El pescador intentó cubrirla con su cuerpo...

Un nubarrón de humo se adueñó de los cielos. El olor sofocante a pólvora conducía a los muelles.

Se oyeron voces.

—¡Ha estallado el vapor de las municiones!

Aferrado a su criada, el pescador miraba en derredor con angustia.

—¡Ayudadme! ¡Está malherida!

El tabernero, que se había lanzado en plancha al oír la explosión, se incorporó. Aún llevaba sobre el hombro el trapo para limpiar las mesas.

—¡Ahora le auxilio! ¡No se apure!

La espesa humareda formaba una negra columna sobre la muralla del mar.

Un gentío se expandió, cual mancha de aceite, por las calles y las plazas de la Barceloneta, el barrio marinero de la Ciudad Condal. El rumor, antesala de la noticia, era que el vapor *Express*, atracado junto a la machina del puerto, había estallado después de varias horas de cargar bombas, granadas y municiones para la tropa liberal que asediaba la plaza carlista de la Seo de Urgel.

La deflagración había provocado una marea de fuego que se había propagado por las cajas de cartuchos. Las detonaciones en cadena explicaban la trágica sensación de una traca festiva que, sin embargo, no había anunciado otra cosa que muerte. A lo largo de una angustiosa media hora, las explosiones por simpatía sembraron el pavor entre la gente apostada en la muralla.

Mujeres semidesnudas salían del mar para cobi-

jarse en las casetas de los baños de La Deliciosa. Las esquiras de granada habían mordido sus carnes hasta convertirlas en maniquís ensangrentados.

Aún hubo tiempo para otra horrrisona explosión. La cubierta del buque estalló en mil pedazos. Los cuerpos mutilados volaron por los aires... La metralleta impactó en las ventanas de las humildes viviendas de la Barceloneta y una lluvia de vidrio cayó sobre los indefensos transeúntes. Uno de los cadáveres fue a caer en una embarcación pesquera, donde un pobre hombre tuvo que ver cómo le caía encima una captura que no esperaba... Finalmente, el *Express* se abrió por el casco para hundirse en las aguas. El naufragio puso fin al incendio.

La multitud se había volcado enseguida para rescatar a los muertos y los heridos de los muelles. Bajo la muralla, una docena de cadáveres dormía ya el sueño eterno... Un albañil emergió de las aguas arrastrando el cuerpo de una mujer. La explosión lo había sorprendido trabajando en una obra de las afueras de San Antonio, había llegado raudo hasta la plaza que había frente a las Atarazanas y saltado a un bote para auxiliar a quienes se ahogaban en aquellas aguas envueltas por la humareda.

Rodeado de un corrillo de autoridades y de un gacetillero, relataba su peripecia:

—Sea que la barca marchaba con demasiada lentitud, sea por mi afán de llegar pronto, los minutos se me hacían horas... Me he desnudado y me he arrojado al mar para llegar a nado hasta las aguas de la machina. Allí he podido rescatar a la señora y sacarla a la orilla. Al pisar tierra, un caballero me ha pres-

tado unos calzoncillos y un marinero, su blusa. Tras salir de las aguas y dejar el cuerpo en tierra, he visto las mutilaciones y he notado la peste a carne quemada. No lo olvidaré en la vida...

El gacetillero tomaba nota apresurada del testimonio de la catástrofe.

Un concejal —el Consistorio había suspendido su sesión al ser advertido del desastre— facilitaba las primeras informaciones oficiales.

—La intensidad de la explosión se ha podido oír en los pueblos de las afueras. La mayor parte de los efectos que contenía el vapor, así como los cadáveres mutilados y los miembros desgajados del tronco, han ido a parar a largas distancias. De las personas que se hallaban a bordo solamente se han salvado dos, el contramaestre del buque y un estibador. Este último nos ha contado que, al haber oído en el fondo de la bodega algo que parecía un disparo, y sabiendo en qué consistía el cargamento, en el acto, y veloz como el pensamiento, se había echado al agua; oyó tras de sí la espantosa detonación y llegó a nado a ampararse en una lancha. Cerca de la plaza de El Torín, sabemos de un hombre herido en la pierna por una esquirla de granada.

Continuó explicando que el terror se había apoderado de los bañistas, algunos de los cuales habían sufrido heridas. Había sido, en fin, un momento de horrible angustia fuera de los límites de la ponderación.

—Estamos en guerra. ¿No ha podido ser acaso un atentado de los facciosos?

La voz del gacetillero resonó en aquel ambiente

de desolación, para mezclarse con los lamentos de los heridos que recibían atención.

El concejal prefirió mirar hacia otro lado.

La pregunta quedó sin respuesta.

2

La apacible y luminosa tarde se había tornado un tenebroso crepúsculo. La noche parecía querer ocultar entre sus sombras las desgracias terrenales. El agua que lamía los muelles había ido cambiando su tonalidad rosada por la negrura de la sangre coagulada.

No hubo mucho tiempo para contemplaciones. Agosto solía sorprender en su postrera andadura con generosas lluvias al declinar el sol. Una tormenta se desparramó sobre el puerto de Barcelona y acabó de apagar los rescoldos de los cascotes del buque, desmenuzado por la explosión. Al estruendo de la dinamita le había sucedido el batallar de los truenos.

Un niño estiró la mano de su madre señalando unos dedos que afloraban en uno de los charcos. Algunos pescadores, bajo la lluvia, intentaban reunir todo aquel despedazamiento de cuerpos humanos en las canastas de mimbre que usaban para vender la sardina en la lonja, pero el agua parecía quererlo todo. En los tinglados comerciales del puerto, cercanos a los muelles, las goteras denotaban que las granadas y los cascotes habían horadado los tejados de cinc.

Los heridos ya habían sido evacuados hacia el hospital de la Santa Cruz, pero los cadáveres aguardaban el recuento. Así lo aclaró el comandante de Marina Tobías Mendoza, que estaba calado hasta los huesos.

—No se sabe todavía si queda algún cadáver bajo las aguas. Por el momento, se pueden contar y lamentar ochenta y seis desgracias personales, divididas en cincuenta y cinco heridos. De ellos, quince graves, veintiséis menos graves y catorce leves. Al pasar lista de la tripulación, los muertos cuyos nombres se conocen son veintinueve, entre los que se cuentan el capitán del buque, el consignatario, el padre de este, que por casualidad se hallaba a bordo, el agente de comercio y una mujer y una niña desconocidas.

No habían transcurrido ni cinco horas desde la deflagración cuando se produjeron las primeras deserciones entre el personal ocupado en el rescate de los muertos. Las emanaciones de aquellos restos corruptos ahuyentaban a quienes se habían ofrecido como voluntarios para llevar a cargo tan siniestra y hedionda labor.

El comandante requirió el auxilio de la Junta del Puerto para que exigiera disciplina laboral. Mendoza trató de imponer su autoridad castrense a pescadores y estibadores con el tono severo de una arenga. Tras su parlamento, prosiguió con la redacción del atestado en el despacho que para él habían improvisado en los tinglados del puerto.

Mojó la pluma en el tintero, acercó el quinqué, se atusó el mostacho humedecido por la lluvia y co-

menzó a escribir con una caligrafía que habría sido bella si se hubiera aprestado a componer una carta de amor.

Nadie ha podido explicar aún cómo pudo suceder esta desgracia; sin embargo, la versión al parecer más verdadera es que el *Express* se hallaba en la machina cargando las municiones que transportaba una barcaza. Una de las granadas que se trasladaban reventó sin saberse cómo.

El fuego prendió en otras granadas, que también estallaron, y entonces se oyó un estallido espantoso y volaron en pedazos por los aires los cuerpos de las víctimas.

No se detuvo aquí el infortunio; el fuego continuó propagándose a las cajas de cartuchos Remington, los cuales estallaban e inflamaban otras cajas. Durante más de media hora continuaron estas explosiones, que producían un ruido parecido al de los cohetes de los fuegos de artificio.

Hubo finalmente una explosión en la cubierta del buque, que se abrió por el casco y se hundió en el mar, lo cual no dejó de ser una ventaja porque el agua impidió nuevas explosiones y más lamentables desgracias.

La barcaza conductora de las municiones empezó a arder, y para acabar con ella fue preciso sacarla del puerto a remolque.

Doy fe en Barcelona el 18 de agosto de 1875.

Tobías Mendoza Uriarte
Comandante de navío de primera clase de la
Marina Española

Había parado de llover, pero la voz de la tragedia había recorrido la ciudad. El comandante abandonó el tinglado portuario; en un *rippert* tirado por mulas llegó hasta el hospital de la Santa Cruz, que sería providencial para los que habían salvado la piel y sepulcral para quienes habían visto truncadas sus vidas por la explosión.

En el patio del hospital, sobre camastros, una disciplinada formación de cadáveres aguardaba a que alguien fuera capaz de identificarlos. Con los cráneos descansando sobre una repisa, parecían escudriñar con sus cuencas sin luz los techos de piedra gótica que los albergaban.

Mendoza cotejó por enésima vez la lista de la tripulación del *Express* y la de los trabajadores que la Junta del Puerto había adjudicado para la estiba. Lo acompañaba uno de los supervivientes, el contraestre Gaudencio Masó, que reiteraba su testimonio.

—... y en pocos segundos pude escuchar la espantosa detonación... Luego me lancé a las aguas. Nadé y nadé con todas mis fuerzas hasta que pude ampararme en una lancha.

El comandante escuchaba y paseaba la mirada por la exposición de cadáveres.

—Hombres en la flor de la vida. A buen seguro dejan viudas y una legión de orfandades.

Masó consultaba un arrugado papel que blandía tembloroso.

—Calcule, mi comandante: van a dejar más de cuarenta huérfanos y casi todos párvulos a razón de la juvenil edad de quienes han perecido.

Mendoza volvió a atusarse el mostacho. Había perdido el control de ese gesto mecánico con el que intentaba compensar la tensión de aquella fúnebre jornada.

—¿Y dice usted que escuchó un disparo? —inquirió.

—De la detonación estoy seguro como que hay Dios, pero también pudo parecerme un disparo la primera explosión de las balas. No quisiera ser agorero, pero conviene tener en cuenta el destino de la mercancía.

Mendoza asintió.

—La Seo de Urgel, el último bastión del carlismo. El general Martínez Campos aguardaba esta partida de munición para rendirlos de una vez y que esta tercera guerra fuese la última.

—Algo leí en *La Correspondencia*, mi capitán...

—Solo les quedan las Vascongadas y el general Savalls lo sabe. Lleva sitiado desde el pasado mes de julio, se ha quedado sin municiones y ya ni siquiera paga a los soldados.

—¿Sugiere, mi comandante, un atentado a la desesperada?

—Me temo, Masó, que el disparo que usted oyó bien pudo ser una bala carlista. Si querían hacer daño, el mal ya está hecho.

Una voz femenina, quebrada por el llanto, interrumpió la conversación.